

El Adoratorio del Mal

Moisés Hernández



Capítulo 1

EL ADORATORIO

En la sala de urgencias, del Hospital de la Cruz Roja de Veracruz, caminaban un agente del ministerio público y su secretaria. El Jefe de turno los guió hacia la tercera cama del área. Ahí se encontraba sentada una mujer desaliñada y aturdida.

—Los tipos de la funeraria y la sirvienta la encontraron desmayada en la casa de la señora Martha Martínez —dijo el médico.

—Buenas tardes señora—Se dirigió el agente a la mujer—. Quiero saber si me puede contestar algunas preguntas.

La dama miraba hacia el suelo, pareció no reaccionar ante la pregunta.

--¿Me puede dar su nombre?

La mujer continuaba enajenada sin mirar al agente.

—Disculpe, es necesario que me responda—insistió sintiéndose ignorado—. Necesitamos saber que pasó en esa casa.

Entonces la mujer pareció reaccionar y miró al tipo de frente.

—Me llamo María Elena González Martínez—dijo al fin—. La señora Martha Martínez era mi tía.

--¿Qué fue lo que pasó?

—A mi misma me cuesta trabajo creer lo que viví.

La secretaria tecleaba la declaración en la vieja máquina de escribir. La mujer, de unos 38 años, robusta y bien parecida; mostraba los rastros del trauma vivido en su rostro y cuerpo. Tenía sus brazos y cabeza cubiertos por vendas y rastros de sangre ya coagulada. Su rostro presentaba un arañazo profundo, una enfermera realizaba las curaciones. Su falda, que alguna vez fue de color blanco, se había transformado por el color carmín sanguinolento. De su blusa solo quedaban jirones. Sentada en la cama del hospital, frente al investigador, puso sus manos sobre las sienes. Poco a

poco los recuerdos fueron surgiendo en su mente.

"Viajamos mi amiga Carolina y yo desde la Ciudad de México, vine a enterrar aquí en Veracruz a mi tía Martha, ella aceptó acompañarme en este viaje. Nos conocíamos desde la universidad. Yo venía conduciendo mi auto y pasamos frente a una gasolinera donde había pegadas unas fotos de unos niños desaparecidos, nos llamaron un poco la atención..."

—¿Aceptó tu madre cuidar a tus niños?—preguntó Carolina.

—Sí, ya sabes que son su adoración.

—¿Y Raúl no te ha marcado?

—Ya sabes como es él, desde que nos divorciamos apenas si tenemos contacto. Para él todo es su profesión y hacer dinero: todo un hombre de éxito.

—Lo siento.

—No importa, me he bastado sola para sacar a mis hijos adelante. Además, con una amiga tan buena como tú, mi cómplice en todo, para que quiero un hombre a mi lado.

—Oye amiga, no lo digas así, te oíste muy lesbiana.

Rieron a carcajadas. El GPS indicó que habían llegado a su destino. La casa de la tía era grande, se componía de dos niveles, pero algo sombría. Tejado de dos aguas con marquesina rústica en el portal. dos enormes robles la custodiaban a cada lado. Un hermoso piso de adoquines color rosa cubrían el piso frente a la fachada. Las ventanas terminaban en llamativos arcos en la parte superior. El tejado de dos aguas cubierto por tejas de adobe cocido de color rojo, y las paredes totalmente blancas le daban una pintoresca apariencia.

—Querida amiga, hemos llegado al rancho de mi tía Martha—dijo Elena—, que en paz descanse.

Estacionaron el auto sobre el piso de adoquines, mientras admiraban la morada.

—¡Es una casa muy bonita!—observó Carolina.

—Sí, la tía tenía sus gustitos.

—¿Por qué no me habías dicho nunca que tenías una tía llamada Martha?

—Bueno, desde que nos fuimos a la Ciudad de México, cuando era niña, mi madre no quería hablar sobre ella.

—Estaban disgustadas, supongo.

—No lo sé, apenas si me acuerdo de ella. Me asustaba su apariencia y pasaban cosas extrañas en su casa.

—¿Qué cosas?

—Pues ciertos ruidos que me asustaban, sombras en las paredes, cosas de niños.

—¡Huy!

—Un día mis padres nos dijeron que nos íbamos a la ciudad de México, por cuestiones de un mejor trabajo para mi papá, y sin previo aviso nos fuimos, ya no hubo contacto con la tía Martha. Ayer, por la tarde, llamaron a mi madre para informarle de su fallecimiento. La tía vivía sola y nunca se casó, dejó dicho a su apoderado legal que a su deceso tratara de localizar a sus familiares.

—Entiendo.

—Pero ya sabes, la diabetes de mi mamá no le permitió venir.

Hablaban cuando salió una mujer algo mayor a recibirlas, seguida de un joven peón. Se acercaron a la ventanilla del auto.

—La señora María Elena, supongo—dijo la mujer.

—Así es, supone bien—respondió Elena sorprendida.

—Se parece bastante a la difunta—decía mientras la miraba.

Bajaron del auto y entraron a la casa. Se sentía bastante frío; a pesar de las amplias ventanas y el alumbrado eléctrico; se veía muy oscura por dentro. Ya acostumbrados los ojos de Elena, al cambio de iluminación, pudo ver el interior. Había varios cuartos con muebles de acabado rústico de ébano. Un comedor de seis sillas, en torno a una mesa redonda, sobre la que descansaba un grueso cristal templado. Al fondo podía verse una cocina integral con decorados artísticos, parecidos a ladrillos de adobe. Unas alacenas de roble finamente talladas guardaban las vajillas artesanales, que eran toda una obra de arte. La mujer que las acompañaba se notaba muy nerviosa, más bien asustada, No dejaba de mirar a la sobrina.

—De verdad que se parece mucho a la difunta—dijo.

El peón entró con las maletas; las dejó junto a las amigas, y desapareció por la puerta tan pronto como entró. Pasaron a la sala, también en fina madera tapizada en terciopelo rojo.

—¿Y dónde están velando a mi tía?—preguntó Elena

—¡Ay señora! Su tía está en el piso de arriba. Nadie se ha atrevido a subir desde que el médico dio fe de su muerte, ayer por la mañana.

—¿Cómo es posible?!—dijo sorprendida.

—Lo siento.

—¿No han venido los de la funeraria a embalsamarla?

—Es que todos en el pueblo tienen miedo de venir a esta casa—dijo acongojada.

—¿Pero qué clase de gente supersticiosa son?!

—Es que hay cosas que usted no conoce, no sabe de su tía—decía la mujer muy apenada.

—¿Qué cosas?

—No puedo hablar de eso, lo siento, lo siento.

Carolina desde que entraron, no había dicho nada. En ese momento decidió intervenir.

—No te preocupes Hellen, en un instante resolvemos el problema. Tengo muy buenos contactos.

Tomó su teléfono, unos momentos después realizó varias llamadas. Después de un tiempo de negociaciones: el estira y afloje, su rostro se iluminó.

—¡Listo!—dijo triunfante—. Te conseguí un buen servicio y al mejor costo.

—¿En serio?

—¡Claro amiga, es mi especialidad!

—¿A qué horas llegan?

—En cuatro horas más o menos.

—Osea como a las diez de la noche.

Carolina era una mujer dinámica, inteligente, segura de sí misma y muy preparada.

Tenía dos años de haber sido ascendida a jefa de ventas en una importante empresa de bienes raíces. Era delgada, morena apiñonada, usaba el corte de cabello por debajo de la oreja. Lo más llamativo era su dentadura perfecta y muy blanca, así como sus ojos grandes.

Acostumbraba vestir de traje casual y bolso de mano de Zara. A sus treinta y dos años aún no se había casado. Si bien, ella misma reconocía no ser muy atractiva; pero su carisma mantenía por lo menos a un caballero suspirando por ella.

—Señora—dijo la anciana.

—Dime—respondió Elena.

—Voy a llevarlas a la recámara de su tía—dijo mientras se dirigía a las escaleras junto a la sala.

La sirvienta era una mujer un tanto obesa como de sesenta años, baja de estatura, usaba un vestido blanco, estampado de flores, que le cubría hasta la rodilla; y unas sandalias a nivel de piso. El cabello lo llevaba hasta la mitad de la espalda, suelto y con orzuela. Su rostro mostraba los estragos de la edad, con marcadas arrugas en el semblante. Su nariz chata la hacía verse un tanto cómica.

Las dos amigas la siguieron apoyándose en el barandal de metal. Escaleras arriba había un pasillo, tenuemente iluminado. Las dejó impactadas lo que ahí había. Estaba flanqueado por vitrinas de cristal, en su interior se encontraban cuatro perros doberman enormes, que mostraban sus afilados dientes, en posición de ataque. Había un búho con las alas extendidas. Estaban disecados; pero se veían amenazantes.

—¡Por Dios, que locura es esta!--dijo la sobrina mientras se llevaba las manos a los ojos.

Carolina se quedó pasmada, se detuvo muy asustada y temblando por la impresión.

—Fueron las mascotas de la señora—dijo la anciana—. Los quiso como a sus hijos.

Cruzaron el pasillo observadas por las criaturas. No les gustaron desde el principio, por sus poses agresivas y aquellos ojos penetrantes. Observándolas sobre sus pedestales se veían listos para atacar. El artesano había hecho un trabajo magnífico: parecían vivos, como si al momento de atacar hubieran sido congelados en el tiempo.

El pasillo, cubierto por una fina alfombra en tonos ámbar conducía a un cuarto al fondo. La sirvienta abrió la puerta de madera, era la recámara de la tía Martha. Había una ventana cubierta por una gruesa cortina de tela roja, frente a la puerta. Yacía su cuerpo cubierto de blancas sábanas, sobre una cama de madera, terminada en una cabecera en forma de medio círculo. Elena le destapó la cara; vió su rostro, pálido, avejentado. Era una mujer obesa, de pelo cano, rostro redondo, cejas pobladas sin depilar, nariz respingada y labios gruesos. Sobre sus párpados había

puestas dos monedas.

—¿Para qué las monedas?—preguntó a la sirvienta.

—La señora falleció de un infarto, fue la única manera que tuve de cerrarle los ojos.

—Entiendo.

—¡Si hubiera visto la expresión que tenía al morir..!—añadió asustada.

La sobrina retiró las monedas, sus ojos estaban cerrados y no vió necesidad de mantenerlas ahí. Regresaron y tuvieron que cruzar de nuevo por el pasillo de las mascotas. Sus fauces abiertas mostrando los dientes les causaban escalofríos. El búho llamó mucho la atención de Elena, recordaba haberlo visto con la cabeza un poco girada hacia al ventana y ahora las miraba de frente, quizás su imaginación. Volvieron a la planta baja de la casa.

—Pueden esperar a los de la funeraria en mi casa—dijo la sirvienta—. Vivo cerca de aquí y les puedo ofrecer algo de cenar.

Ambas amigas se miraron. Fue Elena la primera en hablar.

—¿Enviaste la ubicación a los de la funeraria?

—Sí, se las envié por Whatsapp—respondió Carolina.

—Mejor esperamos aquí—agregó la sobrina dirigiéndose a la sirvienta—. No hace falta darle más molestias.

—Me gustaría que no se quedaran aquí solas—insistió la anciana.

—Estaremos bien, además tengo trabajo pendiente que revisar en mi computadora.

—Está bien, pero si necesitan algo, vivo bajando la ladera, en la segunda

casa blanca de puerta negra.

—Puedo llevarla, si gusta—ofreció la sobrina cortésmente.

—No hace falta señora.

Al salir Carolina miró a su amiga un poco inconforme, por no consultarla.

—¡Hubieras aceptado, esta casa no me gusta!

—No te preocupes amiga, unos perritos rellenos de aserrín no nos van a hacer nada.

—¿Hellen, no es extraño que nadie se haya parado a darle la despedida a tu tía?

--Tal vez no era muy querida.

Salió Elena por su portátil al auto, ya había oscurecido. Consultó la hora en el celular y pasaban de las ocho. Tomó unos sandwiches que compraron en un OXXO y unas botellas de agua. Regresó a la casa. Entró y vió a Carolina de pie observando a la parte superior de las escaleras, volteó a mirarla asustada.

—¡Hellen, escuché algo extraño como un quejido!—decía impresionada—. Allá arriba.

—Vayamos a ver.

Subieron, a pesar del alumbrado era extraño que se viera cierta oscuridad. atravesaron de nuevo el pasillo de las mascotas. Los ojos penetrantes del búho le llamaban la atención a Elena, era como si las observara. Los perros las miraban intimidantes desde sus vitrinas. Llegaron al cuarto de la tía, todo seguía igual. Su rostro inexpresivo que de niña le causaba inquietud ahora parecía mostrar cierta intranquilidad.

—Nada Caro, quizás te sugestionaste.

—¡Estoy segura que escuché algo!

Bajaron de nuevo cruzando a prisa el pasillo. Ya en la seguridad de la planta baja tomó Elena su laptop, y se dedicó a continuar con su trabajo; se desempeñaba como gerente de sistemas para un grupo bancario. Carolina estaba inquieta pero revisando sus correos el tiempo continuó su curso. Cuando menos se dieron cuenta ya pasaban de las diez y media.

—¡Por Dios, es tardísimo!—dijo la sobrina sorprendida.

—¿Qué pasaría con los de la funeraria?—agregó Carolina.

Tomó el celular y les marcó, estuvo hablando por varios minutos. Se puso tensa y comenzó a reclamar y a levantar la voz. Algo mencionó de un accidente en la carretera.

Colgó y volteó a ver a su amiga muy apenada.

—Lo siento Hellen, se volteó un tráiler en la autopista, está cerrada en esta dirección.

—¡No es posible!

—Se regresaron los de la funeraria, vendrán hasta mañana al amanecer.

Hubo un silencio total. Elena sacó los sandwiches y las botellas de agua y prácticamente los devoraron. Se levantó recordando haber visto un baño al fondo de la cocina.

Al salir le llamó la atención un pequeño cuarto junto al comedor. Estaba cerrado con llave, una cerradura de seguridad por la forma del orificio. Estaba mirando la cerradura cuando escuchó un quejido lastimero.

Llegó a la sala, ambas amigas se miraron. Sin decir nada subieron por las escaleras, atravesaron el pasillo y entraron a la recámara. Otra vez nada, pero el rostro de la tía sí parecía haber cambiado, apenas tenuemente se veía un rostro angustiado. Descubrió su sobrina parte de su pecho para observar cualquier movimiento, su abdomen. Sus manos yacían sobre su pecho, las deslizó para poner su oído sobre el corazón.

Al momento se oyó un sonido metálico de un objeto que cayó al piso. Era una llave, la recogió Elena y le llamó la atención su forma. En ese momento Carolina apuntó con el dedo hacia el rostro de la tía.

—¡Hellen, mira!—dijo ella.

—¡Por Dios! ¡Abrió los ojos!

Puso su oído a la altura de su corazón y no se escuchaba nada. Rápidamente colocó la pantalla de su celular sobre su nariz, buscaba que se empañara. Todo era en vano, su pulso no daba señales de vida tampoco. Sus ojos totalmente abiertos, como en una mueca de terror, la miraban.

Confundidas salieron de la recámara una vez más. Al pasar frente al búho Elena volvió a notar que su cabeza había girado un poco, sintió la necesidad de tocarlo. Estiró la mano, tocó su plumaje, su cabeza la sintió rígida, la retiró de inmediato, sintió un escalofrío. Vió a los perros más impresionantes, clavándoles sus miradas. Parecía que estaban aguardando el momento exacto para abalanzarse sobre ellas. Regresaron a la planta baja. Ambas se miraban confundidas.

—Alguna vez escuché que los cadáveres hacen movimientos debidos a reflejos involuntarios—mencionó Carolina.

—Es verdad—dijo su amiga tratando de parecer convencida.

Consultó la hora Elena en su celular, las once y media. De pronto su mano tocó la llave que había caído de las manos de la tía. Recordó la cerradura de seguridad de la puerta del cuarto, junto a la cocina. Sintió curiosidad y fue revisar. Introdujo la llave, dió una vuelta y otra. La cerradura cedió, abrió la puerta, estaba muy oscuro; no se alcanzaba a ver nada, encendió la lámpara del teléfono.

Lo que vió la dejó petrificada: exactamente la luz iluminó una figura del demonio, con alas, cola y un rostro de bestia. La imagen estaba justo enfrente de ella clavándole la mirada. Una mano fría le tocó la espalda, soltó el teléfono y gritó. Era Carolina que estaba justo atrás de ella.

—¡Por Dios!—exclamó

Recogió Elena el teléfono y siguieron observando. En el piso había dibujado un pentagrama con símbolos extraños. La pared misma mostraba versos en una lengua desconocida, quizás invocaciones. A los pies de la figura del demonio yacía un tazón con restos de sangre. La escultura de bronce, como de un metro y medio de altura, hipnotizaba con su apariencia. Tenía unas garras en las manos con uñas largas bastante reales. Colmillos afilados en la boca, como dientes de jabalí, apuntando hacia arriba. Los ojos, de algún tipo de piedra preciosa, brillaban con el reflejo de la lámpara. Su cuerpo humanoide mostraba una especie de cabello cubriéndolo en su totalidad sobre relieve en el material. Mostraba además unas piernas que terminaban en patas como de cabra. Para darle un acabado más mórbido a la criatura, las alas de murciélago en la espalda remataban la horrorífica visión, sacada de la más terrible locura. Por el piso se veían huesos pequeños y ropas de niños. Restos de cirios

negros consumidos, rodeando a la figura. Se alejaron del cuarto perturbadas por la visión.

—¿Esto hacía mi tía?!

—¡Ay Hellen! Tal vez deberíamos salir de aquí—dijo Carolina.

—¡Tenemos que llamar a alguien!

Tomé su teléfono, pero para su sorpresa se había descargado.

—¡No puede ser! Tenía mas de la mitad de la batería.

Carolina revisó su celular, para su desgracia, también apareció sin carga.

—¡Esto no es normal!—agregó la amiga impactada— ¡Mira Hellen, mira eso!

Habían dejado la puerta abierta del adoratorio. La imagen del demonio tenía un cierto brillo en la oscuridad. Antes todo eran tinieblas, ahora la figura se veía iluminada.

Movida por un impulso Elena cerró la habitación de un portazo.

—¡Vámonos de aquí!—dijo Carolina muy asustada.

—Está bien, vayamos a la casa de la anciana.

Tomaron sus maletas y salieron de la casa. En mal momento la sobrina recordó algo.

—¡Por Dios, olvidé mi bolso! Ahí están las llaves de mi auto.

—¿Dónde lo dejaste?

—En la recámara de mi tía, voy por ellas.

—Yo voy contigo.

Entraron de nuevo a la casa. Se sentía un ambiente de muerte. Al pasar por el adoratorio se dieron cuenta que la puerta estaba abierta otra vez y la figura del demonio brillaba totalmente con una luz rojiza. Alterada por la visión Elena subió seguida por Carolina las escaleras, en su prisa pisó mal con el tacón el escalón y se falsió el pie. Su rodilla golpeó contra el barandal con mucha fuerza, el dolor la dobló.

—¡Hellen, levántate por favor!

—¡No puedo amiga!—agregó con impotencia—. Tienes que subir y traer mi bolso con las llaves.

El reloj de la sala indicaba casi las doce de la noche. Carolina subió las escaleras, Elena se arrastró a la parte superior, observó a su amiga cruzar el pasillo. De pronto se quedó paralizada inexplicablemente. Escuchó el tic tac del reloj de la sala, vió las manecillas acercarse lentamente a la media noche. En ese momento ocurrió algo que no podría olvidar nunca más, porque lo que siguió fue una pesadilla.

A cada segundo que pasaba algo siniestro comenzó a sentirse en el ambiente. La temperatura de la casa había bajado considerablemente. El eco del segundero parecía escucharse más nítidamente. Los perros desde sus vitrinas, se veían impacientes. El reloj marcó la media noche y se detuvo ahí.

Carolina parecía haber tardado una eternidad, pero ya regresaba con la bolsa. Al atravesar, frente a los perros, los cristales de las vitrinas estallaron en pedazos súbitamente. La criaturas, que se habían mantenido siempre como estatuas, iluminados por la luz mortecina, comenzaron a ladrar y a gruñir con ferocidad. Ella se quedó aterrada sin moverse. Los animales se le fueron encima, los cuatro enormes doberman con sus afilados dientes la atacaron ferozmente.

Ella trató de correr hacia las escaleras. Todo fue inútil uno de ellos la derribó, otro la prendió por un brazo y se lo destrozó. Finalmente los otros dos embistieron sobre su cuerpo que yacía tirado en el piso. Elena solo veía la escena de como era destrozada su amiga y no podía hacer nada. Vió su rostro desfigurado y convertido en una masa sanguinolenta. Los animales le desgarraron las piernas. Atacaban incontrolablemente y con toda su furia ese cuerpo descompuesto. Oía sus gritos de desesperación, le arrancaron los brazos, mutilaron sus piernas y seguían desgarrando su cuerpo sin piedad.

Elena solo podía llorar pidiendo a Dios que le enviara la muerte lo más pronto posible a Carolina. Seguía viendo con incredulidad como la deshacían con sus fauces enormes. Miraba atónita como se convulsionaba su cuerpo en un charco de sangre. Los animales masticaban sus carnes en

un frenesí de locura. Veía sus hocicos bañados en sangre y como su ira no disminuía.

De pronto, el búho que solo observaba la escena inmóvil, volteó su cabeza y miró fijamente a Elena con ojos como de fuego. Voló de su pedestal y se arrojó contra ella. No pudo esquivar el ataque y le clavó sus garras en sus brazos, sintió como si mil cuchillos le atravesaran la piel. Con su pico le taladraba la espalda, mientras ella trataba de protegerse la cara. En un instinto de supervivencia se arrojó desde lo alto de la escalera por un costado del barandal. Su cabeza se estrelló contra el piso, a pesar del fuerte dolor trató de alejarse lo más pronto posible de la escalera.

Estaba muy herida, la sangre le bajaba desde la cabeza hasta su boca. Saboreó lo salobre de su propia sangre. No veía al ave, de pronto la vió venir de nuevo y la volvió a atacar ferozmente. Le clavó las garras en la espalda, y le daba fuertes picotazos en la cabeza. Trataba de cubrirse el rostro, pero era un acto casi imposible. En ese momento vió su laptop sobre la mesita de la sala y se arrastró con el ave sobre su espalda. Con una fuerza salida de la desesperación se la estrelló al búho. Logró arrojarlo lejos de ella. Intentó atacarla de nuevo pero tenía una ala rota, la mujer aprovechó y como pudo llegó a donde estaba y se abalanzó sobre el ave. La golpeó una y otra vez, en medio de su desesperación, con la portatil; hasta que solo quedó un montón de plumas con aserrín.

Apenas se recuperaba cuando escuchó un gruñido desde lo alto. Los perros cubiertos de la sangre de su amiga la amenazaban con sus dientes desde arriba de la escalera.

Se lanzaron sin piedad sobre ella. Estaba muy cerca del baño, ensangrentada y herida llegó cojeando al baño. No logró cerrar la puerta, uno de los perros la prendió por la pierna, desgarró su falda y le clavó los dientes. Sintió como le taladraba la pierna con sus fauces poderosas. No podía hacer nada, era imposible soltarse, era su fin. Cerró los ojos esperando lo peor. Sin embargo, algo ocurrió en ese instante.

El perro dejó de atacarla, Los animales se quedaron quietos sentados uno junto al otro, inmóviles. En eso, vió aquella figura caminando en el clímax del terror, era el demonio, el que estaba en el adoratorio, se movía. Pasó frente a la puerta del baño, un olor a podredumbre se percibía en el ambiente. Sus ojos brillantes le daban un aspecto aterrador, se desplazaba lentamente. Había un resplandor en su cuerpo, cruzó frente a los perros, ellos se postraron a su paso. Los observó por un momento y se quedaron rígidos como estatuas. La mujer se tapó la boca, con su única mano ilesa, para no delatarse ante la criatura.

El demonio atravesó el comedor, lo escuchó subir por la escalera, atravesar el pasillo. En eso, bien claro oyó unos gritos desesperados, como estertores de muerte. Los gemidos se acercaban cada vez más,

paralizada, no atinaba a hacer ningún movimiento ni a emitir ningún sonido.

De pronto, pudo ver el origen de los gritos de desesperados. La figura del demonio pasó frente a la puerta del baño. En sus brazos traía a su tía, la mujer estaba viva y su cuerpo se estaba quemando al contacto con los brazos del engendro. Ella se retorció de dolor y gritaba lastimeramente. Elena no pudo contenerse y gritó presa del más terrible de los horrores.

El demonio detuvo su paso, volteó a verla y lanzó un alarido espantoso como el de una bestia. Sus ojos brillantes le daban un aspecto más grotesco a su rostro. Después continuó su camino con el cuerpo de la tía en sus brazos y se introdujo en el adoratorio. Elena los vió desapareciendo al fondo de la pared, entre los gritos desesperados de su familiar.

"Todo comenzó a ponerse oscuro en mi cabeza y me fui desvaneciendo en las tinieblas de la inconsciencia..."

Terminó la mujer de narrar la historia de la pesadilla que acababa de vivir, y la dejaría marcada de por vida.

—Es todo lo que recuerdo—dijo María Elena con su cuerpo tembloroso y herido—. Jamás debí pedirle que me acompañara. Carolina era como una hermana para mi.

Su rostro lacerado se cubrió de lágrimas y el llanto no le permitió decir nada más. El investigador la observó por unos instantes. Se llevó un cigarrillo a la boca, sacó un encendedor del bolsillo de su camisa, lo encendió. La enfermera le indicó con el dedo el aviso "Estrictamente prohibido fumar". El hizo un gesto de enfado y lo tuvo que apagar.

—¡Esa historia es totalmente inverosímil!—dijo el tipo—. No podemos poner eso.

Se levantó de su asiento y se dirigió a la secretaria. Tomó las hojas, las revisó y segundos después las rompió.

—Diremos que fueron atacadas por lobos—añadió el hombre.

—¿De verdad va a creer lo que esta mujer está contando?—preguntó la secretaria.

—Teresa, si vieras lo que encontraron los peritos de criminalística en esa casa; tal vez usted también comenzaría a creerle. A parte del cuerpo destrozado de la amiga de esta mujer, no pudieron encontrar el cuerpo de la señora Martha por ningún lado. Hallaron a los cuatro perros disecados

bañados en sangre dentro de las vitrinas rotas.

—¿Encontraron el adoratorio Ernesto?

El investigador esquivó la pregunta de la mujer.

—Vámonos, esta mujer tiene que descansar—dijo preparándose a abandonar el lugar—. Hay cosas que es mejor que no trates de averiguar, si quieres seguir durmiendo tranquila.

—¿Qué vamos a hacer con el procedimiento?

—Estamos en México, todo se puede arreglar a modo.